

# Trascendencia de un reinado

---

Desde que, como Presidente de la Excma. Diputación Provincial, tuve el honor de ejercer el Patronato de la INSTITUCION FERNAN GONZALEZ, me impuse la obligación de dotar a ésta de un órgano propio de publicidad y expresión, para que con independencia, y al mismo tiempo al amparo de otras publicaciones afines, recogiese en sus páginas el movimiento cultural burgalés, tanto dentro de la ciudad como de la provincia, a tenor de lo que exige el ser y llamarse ACADEMIA BURGENSE DE HISTORIA Y BELLAS ARTES.

Valiase la INSTITUCION para sus manifestaciones impresas, del Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos, que desde hace unos años viene publicándose en los talleres de la Imprenta Provincial, lo cual significaba un paso dado en firme sobre la marcha de aquella mi primera aspiración patronal. En realidad la INSTITUCION, por medio de su Patronato, había conseguido que el Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos pudiera ser, en su día, incorporado a las publicaciones de la Excma. Diputación Provincial.

Pero esto no era aun bastante para lo que la INSTITUCION podía, naturalmente, demandar de su Patrono, y éste, en todo momento, estaba dispuesto a conceder, es decir, la subvención en un principio acordada, sin perjuicio de incrementos graduales, hasta hacerla suficiente para su desenvolvimiento y desarrollo, a cambio de que el órgano expresivo de sus actividades culturales y literarias llevase el propio nombre de la INSTITUCION FERNAN GONZALEZ, el ya consagrado nombre del Conde Soberrano, adalid y forjador, hace un milenio, de la independencia gloriosa de Castilla, germen inicial de la nacionalidad española.

Con él aparece este número extraordinario, destinado a conmemorar el nacimiento de la reina Isabel, enalteciendo el reinado de los Reyes Católicos y subrayando las efemérides que la Excelentísima Diputación Provincial exaltó en Aranda de Duero, en

la margen del río principal de nuestra independencia, y en la Sala Capitular y por las calles de la histórica villa que fué Corte de Castilla, durante dos años, y conserva en el templo parroquial de Santa María el monumento arqueológico de más acusadas tonalidades isabelinas después de la Cartuja de Miraflores de Burgos.

No podía darse a la Comisión Provincial de Monumentos ocasión más oportuna para acceder a la propuesta del Patrono de la INSTITUCION FERNAN GONZALEZ sobre el cambio de título y portada de su Boletín trimestral, ni yo podía excusarme de dar a la pluma, en nombre de la Excma. Diputación Provincial, un poquito de espacio en las cuartillas, para agradecer a los Ilustres Académicos Numerarios el acuerdo adoptado y ya, aunque brevemente, recoger a lo largo y a lo ancho de la historia, la trascendencia de un reinado y de unos reyes que, bajo el signo de la Catolicidad, señalaron al mundo las verdaderas rutas del Imperio de España.

No es cosa de repetir sucesos, anécdotas, victorias militares y triunfos políticos, que tanto se han barajado, con ocasión del centenario, en libros, conferencias y discursos. Menos oportuno me parece dejar correr a sus anchas la pluma por la fácil línea de los elogios en alabanza de Fernando e Isabel. «Con adjetivos no se construye la historia», dice Antonio Ballesteros. Con razón afirma este escritor que si a «España la simbolizan y dirigen unos reyes excepcionales, el calificarlos de óptimos es muy poco; ya los superlativos se agotan, y buscando en el Diccionario, los vocablos faltan, los calificativos son pálidos y los elogios mezquinos para indicar su grandeza».

Ello no obstante, con machacona insistencia se ha de repetir que los Reyes Católicos hallaron, al subir al trono, una España rota y disgregada, pero que nos legaron al morir una España unida y enorme. Que con su regía y providencial ayuda, Colón extendió la Geografía española hasta las más remotas tierras del Continente Americano. Que la unidad y la grandeza de España tienen sus artífices máximos en Fernando e Isabel. Pero aun esto, con ser mucho, fuera muy poco, si la semilla por ellos arrojada en el surco de la reconquista y descubrimiento, solamente hubiera producido la ubérrima cosecha de los reinos unidos y del Nuevo Continente descubierto y colonizado.

Aquella semilla, de vitalidad permanente, vuelve a fructificar, siempre que la unidad sufre algún serio quebranto. Aquella semilla alienta todavía, poderosa y fuerte en todos los países que ha-

blan nuestro idioma, pulsán nuestra sangre y practican nuestra religión. A los que preguntan qué nos queda de todo lo conquistado y descubierto, hemos de responder que territorialmente nada, pero espiritualmente mucho. Nos queda el espíritu de España, allí transfundido, aquel «hondo temblor, que pasa por las vértebras enormes de los años», no cuando se estremecen los Estados Unidos, sino cuando el sentimiento maternal de España conmueve profundamente las entrañas de América.

«Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gíre,  
mientras la honda cordial aliente el sueño,  
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, ¡Vivirá España!»

Esa oda cordial por Rubén Darío sentida y presentida, es una viva pasión y noble empeño que hacen posible lo buscado y posible la hazaña en la América oculta que solamente halla el alma española rebuscando la semilla de nuestros descubridores, conquistadores y misioneros, es la Hispanidad. ¡Vive la América Española!

No hay que pedir ni dar explicaciones diplomáticas al hecho de que las Repúblicas Hispano Americanas celebren también el centenario de los Reyes Católicos. Fruto espontáneo es de la semilla permanente y eterna que aflora en tierra americana, siempre que el sentimiento filial sacude su corazón español. La América oculta para el poeta es la misma América hallada ya por la reina Isabel al acordarse en su codicilio de los indios y al encargar y ordenar al rey y a los príncipes, sus sucesores, que pusieran toda diligencia para no consentir ni dar lugar a que los naturales y moradores de las Indias y Tierra Firme, ganadas y por ganar, recibiesen agravio alguno en sus personas y bienes, sino que fuesen bien y justamente tratados, y si algún agravio hubiesen ya recibido, que lo remediasen y proveyesen.

«Al cabo de quinientos años —diré con el historiador antes citado— España madre puede contemplar gozosa el fruto de su siembra. En aquellas distantes y dilatadas tierras que halló el ilustre genovés, bajo la égida de los Reyes Católicos, señalados por la mano de Dios para la hazaña memorable, existen hoy naciones libres, prósperas y vitales, que entonan, en una potente voz única y en una misma lengua fecunda, el himno glorioso del inmortal destino de la hispanidad».

*Honorato M.-Cobos.*